

Laclau, Ernesto. *La Razón Populista*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Ernesto Laclau, historiador y sociólogo argentino, ha dedicado su labor investigativa al análisis de la construcción de los sujetos políticos, así como a una profunda revisión de los principios que han configurado el marxismo, desatando sus límites teóricos y señalando algunos elementos que explicarían su fracaso.

Por otra parte, Laclau no es un intelectual políticamente neutral. Sus tesis nacen desde una posición de izquierdas aunque sorprende su capacidad de crítica para con la izquierda. Obras anteriores como *Hegemonía y Estrategia socialista* suponen una profunda crítica a los postulados teóricos del marxismo. En esta línea de trabajo que ha puesto de manifiesto los límites del marxismo como proyecto político se inscribe *La Razón Populista*.

Una preocupación general recorre todo el texto. Esto es, la posibilidad o no de construir un proyecto político *desde abajo*, es decir, desde la sociedad hacia las instituciones y no a la inversa. En este sentido, el libro no cierra este interrogante ya que la propuesta de populismo de Laclau en mi opinión resulta demasiado imprecisa y con demasiadas aristas que perfilar. Leyendo su libro, tengo la percepción que el autor se siente más cómodo definiendo el populismo a la contra de lo que no es, que delimitando un marco teórico para entender lo que es.

No obstante, en medio de un lenguaje extraordinariamente retórico complejo y a menudo sobrecargado (en mi opinión de forma innecesaria), el autor consigue esclarecer algunos ejes conceptuales para establecer una teoría del populismo tal y como Laclau la entiende.

El primer punto fundamental lo encontramos en la noción de *discurso*. Para Laclau el discurso es un “complejo de elementos en el cual las relaciones juegan un rol constitutivo”. Es decir, para el autor no existe ninguna instancia externa a las propias relaciones sociales en donde se construyen los discursos que determine la formación de éstos. Así pues, lo social se construye discursivamente sin un molde que predetermine su forma.

Este apunte conceptual supone un giro importante en la concepción de la historia y la construcción del relato histórico, ya que si bien los historiadores hemos adoptado e incorporado diferentes disciplinas de las ciencias humanas, a menudo hemos caído en la tentación de entender que uno sólo de estos campos determinaba la sucesión de los demás. El caso de la economía en el materialismo histórico me parece un ejemplo clarísimo.

Partiendo de esta nueva concepción de lo social, Laclau desarrolla en los capítulos siguientes su teoría de la formación del *pueblo* como categoría central del populismo. A partir del estudio de las tesis postestructuralistas, Laclau analiza los límites y juegos que permite el lenguaje como medio de aprehensión del mundo. Los trabajos de Jacques Lacan están muy presentes a lo largo de esta parte del libro. Un lenguaje que permite al sujeto adquirir su propia significación y a la vez dar significación a sus demandas sociales. No obstan-

te, Laclau encuentra aquí un escollo para construir una verdadera teoría de lo político que consiga triunfar siendo construida desde la esfera de lo social y no de lo político.

Este escollo Laclau lo resuelve introduciendo el concepto de *equivalencia*. Para Laclau, los movimientos de demandas sociales deben articularse de forma que todos ellos constituyan un movimiento mucho más amplio. El autor advierte, pero, los peligro de esta dinámica de articulación de los diferentes movimientos sociales admitiendo la posible pérdida de significado de cada uno de ellos en aras de garantizar la cohesión del proyecto superior que supone esta cadena equivalencial. En mi opinión este es otro de los puntos débiles de la teoría populista de Laclau. El peligro real de pérdida de significado de las demandas sociales particulares en favor de un movimiento más *global* hace que sea difícil la puesta en práctica de esta *lógica política*.

Laclau rápidamente admite que su teoría del populismo no es un decálogo de prácticas políticas. Es sencillamente, una lógica política, una forma de entender la acción política desde la sociedad. Pero el libro no nos habla de cómo sería una relación entre sociedad y poder, adquiriendo la primera una lógica política populista. El libro examina lo que es necesario para construir una lógica política populista pero no entra a analizar una hipotética relación entre lo social constituido desde la lógica populista con el poder.

Profundizando en esta cuestión, Laclau se preocupa por explicar qué elemento ejercería la tensión que uniría las diferentes demandas sociales. Para hacerlo recurre al concepto de *significante vacío*. El significante vacío es aquella demanda que, teniendo un significado suficientemente amplio, las demandas particulares se ven incluidas en él. Demandas como justicia o libertad son para Laclau posibles significantes vacíos que podrían incluir demandas particulares.

Una vez constituida la cadena equivalencial, Laclau busca un sujeto que ejecutor de la reclamación de dichas demandas. Pero el autor ya en trabajos anteriores admitió que no existen *sujetos necesarios* con una misión histórica. Así pues, si las divisiones de clases no son útiles para construir un proyecto político, hay que recurrir a un *significante vacío* constituido esta vez como sujeto activo de las demandas equivalenciales. Para Laclau este sujeto reside en la construcción discursiva de *pueblo*. Como él mismo afirma, su concepción de pueblo es sinónimo de *populus* y no de *plebs*. Una concepción inclusiva del pueblo en que la línea diferenciadora sólo discrimine entre instituciones del poder en un lado y el pueblo en el otro. El proyecto de demandas que llevaría a cabo el pueblo es lo que Laclau ha llamado, demandas *popular-democráticas*. En mi opinión, esta es la parte del libro mejor resuelta por el autor.

Finalmente, en el último apartado del libro, Laclau expone algunos ejemplos de lógica populista en la historia, siendo especialmente interesante el análisis del movimiento peronista después de la caída de Perón.

Eric Llacuna